

SIGNIFICADO DE LAS EMPRESAS TRANSNACIONALES⁽¹⁾

Por ALBERTO BENEGAS LYNCH (h)

Mucho alboroto y no poca confusión se ha desencadenado en torno al significado y a las distintas denominaciones que se emplean para designar la inversión de capitales provenientes del exterior. Hasta hace poco oíamos hablar simplemente de «empresas extranjeras», luego apareció en escena el término «multinacional» para poner de manifiesto que dichas empresas operan en más de una nación. Hoy en día prácticamente se abandonó de la jerga tecnocrática el uso de la palabra «multinacional» para reemplazarla por una de reciente acuñación: «empresa transnacional».

Aquellas tres denominaciones marcan tres etapas del pensamiento económico moderno, cada una con una carga mayor de xenofobia que la anterior. A medida que se fue pasando de una etapa a otra, mayor era el énfasis que se ponía en denunciar «conjuras internacionales, oscuros intereses monopólicos, explotaciones inhumanas, personeros de la antipatria, imperialismos morbosos» y demás figuras de la trasnochada retórica izquierdista. Si nos guiamos estrictamente por la semántica, de los tres vocablos referidos, tal vez el último sea el más preciso, desde que pone de manifiesto que el capital está «más allá» de toda idea de nación. En verdad «el capital no tiene patria», se dirige inexorablemente a donde la combinación de factores rentabilidad y seguridad logran optimizarse; cuanto menor sea la seguridad o mayor sea el riesgo involucrado, mayor será la exigencia de rentabilidad para compensar la incertidumbre y viceversa.

La aversión, el espanto y el terror a la utilización de ahorro externo, no proviene en modo alguno de razones científicas, que bajo todo punto de vista desautorizan aquellos infundados temores. Proviene, en cambio, de las fuentes bien identificables que a veces se presentan en forma separada y otras veces se muestran de manera conjunta actuando simultáneamente en el mismo espíritu. La primera fuente, origen o causa de este fenómeno reside en factores ideológicos, la segunda en elementos del carácter. La ideología socialista, busca todos los medios a su alcance para la destrucción y el aniquilamiento de cualquier conducto capaz de lograr un mejoramiento en el bienestar de la comunidad a través del funcionamiento del mercado libre. De esta manera, al destruir el mercado, destruyen los vestigios que van quedando del orden de producción capitalista, para facilitar la toma del poder e instaurar definitivamente el totalitarismo. Uno de los blancos favoritos es precisamente debilitar el ahorro interno recurriendo principalmente a la inflación monetaria, y atacar toda posibilidad de captación de ahorros externos, ya sea indirectamente, creando un ambiente de inseguridad jurídica y desconfianza generalizada, o directamente expropiando empresas. Esta primera fuente del espíritu agresivo a todo lo «extranjero» es secundado como decíamos por aquellos voceros que, sin tener objetivos de socialización, resultan arrastrados por la avalancha izquierdista. Su infantilismo mental, su debilidad de carácter, y su absoluta ignorancia respecto a temas económicos fundamentales, son explotados para crear el pánico a la inversión extranjera.

El único medio para mejorar el nivel de vida es abstenerse de consumir una parte de la producción presente para dedicar aquellos recursos a incrementar la producción futura. Este

proceso, que permite el aumento del consumo futuro, se lleva a cabo a través del ahorro. En cualquier momento dado, con cierto stock de recursos disponibles, la capacidad potencial de ahorro interno tiene un límite, más allá del cual no es posible elevar la producción. Si se cuenta con ahorro externo dicho límite se «estira», permitiendo un ritmo de capitalización mayor. El objeto del nuevo capital así generado, es lanzar nuevos bienes y servicios al mercado, para la cual es menester competir por mano de obra. La mayor capitalización presiona sobre el mercado laboral, modificando la relación capital-trabajo, lo que necesariamente eleva salarios e ingresos reales. Los referidos incrementos generales en los ingresos y salarios reales, permiten, a su vez, ampliar la capacidad de ahorro interno, que a su turno nuevamente ejercerá una influencia positiva en el bienestar de la comunidad. El capital proveniente del exterior habitualmente va acompañado de nueva tecnología, que al ser asimilada en el mercado local, ofrece aún mejores perspectivas de rendimientos operativos.

Frecuentemente se sostiene que es correcto el anterior análisis, pero es necesario dar un trato preferencial a los «capitales nacionales» frente a los «extranjeros», puesto que es más beneficioso y más justo que la oportunidad sea aprovechada por compatriotas y no por foráneos. ¡Se trata el asunto como si hubiera una cantidad dada de necesidades, como si éstas fueran limitadas y el capital sobreabundante en relación a ellas! Pero debe quedar en claro que las necesidades son ilimitadas y los recursos son limitados, de ahí es deviene indispensable economizarlos y optimizarlos para atender las necesidades más urgentes. Lo contrario sería afirmar que estamos en una especie de paraíso terrenal, donde ya todos los hombres se encuentran satisfechos. La verdad, sin embargo, es otra; siempre hay lugar para nuevos ahorros y más producción, nuestro problema es de escasez, no de abundancia, la gran cuestión reside en nuestra capacidad intelectual para aprovechar inteligentemente recursos que se nos ofrecen.

Hay quienes se sienten humillados cuando perciben que algunas empresas son administradas desde lugares que se encuentran más allá de las fronteras del país. Pero, ¿realmente importa cuáles son los nombres y apellidos de los propietarios y administradores, dónde están ubicados geográficamente, cuál es su número de cédula de identidad, etc.? En realidad, fijándonos en estos aspectos, ¿no estamos perdiendo de vista el bosque por ver el árbol? ¿No nos interesa que la gente, a través del mercado, juzgue cuán buenos son los servicios que presta la empresa? Si las empresas cumplen con la legislación y las disposiciones internas, ¿qué otra cosa le interesará al consumidor como no sea la buena calidad y el precio adecuado del servicio? Si gobernantes de republiquetas de séptimo orden han demostrado su «fuerza» expropiando y destruyendo por doquier empresas de gran envergadura, ¿no tienen acaso la fuerza necesaria para hacer cumplir las leyes de la nación? ¿O en verdad el ataque al ahorro externo es, además, una manifestación del complejo de incompetencia e inferioridad de algunos?

Se dice que el problema se circunscribe a las remesas en concepto de utilidades que las «empresas extranjeras» giran a sus respectivas casas matrices. Pero otra vez aquí, igual que con los capitales originales, los derivados se asignarán donde los elementos rentabilidad y seguridad sean más atractivos. Lo relevante es que la inversión adicional brindó nuevos y mejores bienes y servicios a la comunidad, mejorando su nivel de vida. Qué decide hacer la empresa con el producido de la operación (la contrapartida de los servicios prestados), dependerá de las perspectivas para nuevas inversiones. Pero lo curioso es que,

cuando se quiere concretar estadísticamente en determinado país el valor de las transferencias de este tipo, se comprueba que dicho monto es varias veces superado por los giros al exterior que efectúan los propios nacionales; muchos de ellos miembros de los gobiernos que tanto despotrican contra lo extranjero... aquellos seres que se creen dotados con el monopolio del sentimiento nacionalista.

En América Latina, salvo raras excepciones, desde México hasta Argentina, la política económica consiste en una serie de medidas de características prácticamente homogéneas. Dichas políticas adolecen de fallas fundamentales, que una vez puestas en evidencia, sistemáticamente se procede a buscar «chivos expiatorios» para señalarlos como culpables de tanto descalabro. Desde hace aproximadamente treinta años, en América Latina se vienen adoptando aceleradamente políticas socialistas, pero paradójicamente, se culpa de los malos resultados así obtenidos a la estructura liberal, por cierto inexistente.

Podemos agrupar las políticas a que nos estamos refiriendo, en los siguientes seis grandes capítulos:

1) Bancos Centrales con poderes omnímodos, dueños, en la práctica, de todos los bancos llamados privados, dictándoles normas en cuanto a volumen de préstamos, nivel de tasas activas y pasivas, monto de reservas, otorgamiento de créditos selectivos, etc. Las gobiernos discrecionalmente emiten medios de pago y manejan a su antojo el circulante, con los consiguientes efectos de la inflación, que carcome el ahorro, distorsiona los indicadores económicos, redistribuye la riqueza, provoca angustia financiera y debilita el poder adquisitivo de la unidad monetaria.

2) Como consecuencia de lo anterior, los gobiernos únicos responsables del proceso inflatorio decretan la «guerra a la inflación», imponiendo precios máximos y acusando a «comerciantes inescrupulosos, acaparadores y especuladores». Inevitablemente aparecen faltantes artificiales de los artículos sujetos a precio tope. Por otra parte, se subsidian y se fijan precios mínimos a los productos agrícolas, que a poco andar revelan sobrantes que compra el gobierno por intermedio de las tristemente célebres «juntas reguladoras».

3) Se crea una industrialización forzada, lo que reclama mayor inversión por unidad de producto que redunde en peores condiciones de vida para la gente. En este clima artificial, cada vez más empresarios viven de la dádiva, del privilegio y del favor de los gobernantes de turno que, con sólo modificar decretos, crean o destruyen tal o cual empresa o actividad productiva. Se cantan loas a la integración regional, en la práctica basada más en la filosofía aislacionista que en la genuinamente integracionista. Por otra parte, se dictan frondosas reglamentaciones disponiendo acerca de la «tenencia de la tierra» y se inventan reformas agrarias que indefectiblemente terminan por destruir el sector agrario tan vital para la economía latinoamericana.

4) Permanentemente se decretan salarios mínimos, vitales y móviles, aguinaldos, jubilaciones, indemnizaciones universales, cargas de familia, subsidios a la salud, al deporte, a la vivienda y otras erogaciones que provocan cada vez más desempleo, marginando de la sociedad a los más necesitados.

5) Como la impresión de billetes no alcanza para los ilimitados gastos gubernamentales, permanentemente se implantan nuevas reformas fiscales para exprimir más intensamente al agobiado contribuyente. Cada vez el gobierno interviene más activamente como agricultor, industrial, banquero, comerciante, etc. Se multiplican las empresas estatales y mixtas, generando más derroche del siempre escaso capital, brindando siempre peores servicios al público indefenso.

6) Como aún no alcanzan los recursos se designan pomposas misiones al exterior para mendigar préstamos de instituciones oficiales. Estos créditos gubernamentales fortalecen el socialismo y las juntas de planificación. Cada vez menos se ofrece un clima de seguridad jurídica para la captación de capitales privados, pues algunos gobiernos extranjeros se encargan de alimentar la política suicida de socialización masiva. Mientras, aquellos mismos gobiernos son permanentemente insultados por los prestatarios para demostrar ante el mundo que no son gobiernos títeres ni son manejados por nadie.

Si no se cambia de rumbo el caos será total, por más fantasmas que se inventen para responsabilizarnos con la culpa de las, a todas luces, insensatas medidas arriba descritas. Los fantasmas no dan de comer. El nacionalismo genuino implica querer el bien de la nación, todas aquellas políticas son liberticidas y, por ende, conducen al empobrecimiento general y a la desintegración nacional. Si no reaccionamos a tiempo vamos a morir aplastados por el más peligroso de los imperialismos: «el imperialismo de la estupidez».

(1) Tomado de la Revista de la Cámara de Comercio. (Agosto de 1974).